

de ordinario sacan motivos para endurecerse y para perseverar en su maldad, los herejes comunmente no toman esta blandura de Dios por aviso y amenaza, sino por favor y regalo suyo, como lo dice san Gregorio papa por estas palabras (1): «Muchas veces los herejes, viendo que la santa Iglesia es affigida, piensan que las tribulaciones que padecen los fieles católicos les vienen por sus pecados, y que ellos son justos porque Dios los deja sin castigo, para que se endurezcan en su maldad. Y conforme á esto, no emiendan los herejes, sino acrecientan sus culpas, ni se apartan de su falsa creencia; ántes, siendo ciegos, piensan que ellos solos ven, y cierran los ojos á todo rayo de luz y verdad. Y éste, como he dicho, es el mayor castigo que en esta vida con justo y severo juicio suele dar Dios. De donde se sigue que ellos se endurezcan más y se enreden en un laberinto inexplicable de sus propios desatinos y maldades, y que estando abrazados con el estiércol de sus torpezas y fealdades, piensen que están cercados de rosas y se tengan por muy seguros y favorecidos del Señor.

Pero cuando ellos están más descuidados y se tienen por más favorecidos de Dios, y por esto están engreidos y desvanecidos, entónces repentinamente viene sobre ellos la ira del cielo, que los destruye y deshace. Fué el pueblo de Israel á la guerra contra los filisteos y fué vencido. Llevaron el arca del testamento al campo para ser más ayudados y socorridos de Dios, y como ellos eran transgresores de la ley que estaba encerrada en aquella arca, no fué Dios servido favorecerlos por medio della; ántes fueron la segunda vez vencidos de sus enemigos, y con mayor destrozo y matanza que la primera. Y la misma arca, en que tanto confiaban, fué tomada y llevada á tierra de los filisteos y puesta cabe sus dioses. Y con este buen suceso quedaron tan ufanos y contentos los filisteos, que les pareció que ya no habia más que hacer sino gozar de la vitoria y paz que habian alcanzado. Pero á deshora la paz se trocó en guerra, y la alegría se les volvió en llanto, porque el Señor á sus solas, por medio de sola el arca, los consumió y asoló, y mostró que habia querido castigar y affigir á su pueblo primero, y despues arruinar á sus enemigos, que estaban soberbios y altivos, y que lo hacia de manera que se viese claramente que lo hacia Él, y que ninguno se podia gloriarse de haber tenido mano en aquel castigo y obra tan propia suya.

Esto es lo que toca á los infieles y herejes. Mas para los que, por la misericordia de Dios, son cristianos católicos y desean agradarle y servirle, el beneficio incomparable que les ha hecho en darles su luz y verdad, no son de poco provecho cualesquiera sucesos, por adversos y tristes que sean, si los saben ponderar; porque con ellos quiere el Señor probar su fe, despertar su esperanza, ejercitar su fortaleza, emendar sus vidas, reprimir su orgu-

(1) Moral., lib. xiv, cap. xvii.

llo, humillar su soberbia, enderezar sus consejos, apurar su intencion, encender su oracion, darles motivo para confiar mas en Él, y desta manera vencen á sus enemigos.

En el *Deuteronomio* dice Dios estas palabras (2): «Si se levantáre entre vosotros algun profeta ú hombre que diga que ha tenido en sueños revelacion de Dios, y en testificacion desto diere alguna señal, y sucediere lo que él dijo, y despues os quisiere apartar del servicio de vuestro Dios, y persuadiros que sirvais á dioses ajenos, no creais ni oyais al tal profeta, porque vuestro Señor Dios os tienta y prueba para que se manifieste y declare si le amais de todo vuestro corazon y de toda vuestra ánima, ó no. Permite Dios que suceda lo que dice el falso profeta, para probar la fidelidad y amor de su pueblo, y que no suceda lo que desea el católico y siervo suyo, para probar más su fe y avivar su esperanza, y ejercer las otras virtudes que habemos dicho. Esto baste para declarar algunas de las causas que á mi bajo entendimiento se ofrecen, porque nuestro Señor algunas veces da prósperos sucesos á sus enemigos, y adversos á sus fieles y amigos. Ahora veamos lo que se debe hacer en semejantes ocasiones.

CAPÍTULO XIV.

Lo que se ha de hacer en semejantes sucesos.

Pues cuando el Señor fuere servido de azotarnos y affigirnos con pérdidas y tristes sucesos, lo primero que debemos hacer es volvernos á Él y reconocer el azote de su mano, y emendar cada uno su vida, y quitar de sí todo lo que entiende que puede desagradar á Dios y ser causa de aquella tribulacion. Las cabezas y gobernadores de la república, demas de reformarse á sí é ir delante de todos con el ejemplo y honestidad de sus vidas, han de procurar que las de los demas sean tan compuestas y concertadas, á lo ménos en lo exterior, que es lo que principalmente está á su cargo, que no haya pecados y escándalos públicos, ni cosas graves en ofensa de nuestro Señor; porque si el azote viene por las culpas, y el castigo público por los pecados públicos, como comunmente suele venir, cierto es que el mejor remedio para quitar la pena será emendar la culpa que es causa della, y reformar las vidas y componer las costumbres, y apartar todo lo que es tropiezo y escándalo público, para que, quitando la causa del azote, cese el mismo azote y se aplaque la saña y furor justo del Señor. Porque, cuando esto no se hace, ni hay emienda con el azote, es muy mala señal y cierto indicio de mayor y más terrible castigo. Porque, así como un pecado, cuando no se purga y emienda con la penitencia, dice san Gregorio que con su mismo peso apesga y hace caer en otros pecados, así la tribulacion y castigo de Dios, que no nos reforma y emienda, es señal cierta de otros más ásperos casti-

(2) Deuter., xiii.

gos y tribulaciones que nos han de venir, y así conviene desvelarnos en aplacar al Señor.

Esto es lo primero y principal que debemos hacer, y despues poner los ojos en Dios con grande confianza. Y si lo que se comenzó fué para su servicio y para nuestra quietud y seguridad, no debemos desmayar, sino esforzarnos y animarnos, y emendar las faltas, si hubo algunas de nuestra parte, y llevar adelante lo comenzado, y no por un mal suceso creer que siempre será así.

En las guerras hay varios sucesos, y los que en ellas fueron más dichosos y alcanzaron mayores vitorias, algunas veces fueron vencidos, y si miráran á los desastrosos principios que tuvieron en sus empresas, no tuvieran tan dichosos fines. Ni Ciro, ni Alejandro Magno, ni Julio César, ni Pompeyo Magno, ni ningun otro valerosísimo capitán siempre venció y fué dichoso en la guerra, ni la prosperidad y dichosa suerte puede estar siempre en un sér. Los romanos al principio fueron vencidos de los samnites y despojados de sus armas, y vestidos fueron pasados ignominiosamente debajo de las picas cruzadas, en forma de horca, que por el lugar llamaron *candinas furcas*, y despues vencieron á sus vencedores, y triunfaron veinte y cuatro veces dellos, y asolaron y desarraigaron de tal manera su ciudad, que en Samio, que así se llamaba, no quedó rastro de Samio. La primera vez que pelearon los mismos romanos en Italia contra Pirro, rey de Epiro, que es Albania, fueron vencidos y desbaratados por la novedad de los elefantés que traía el Rey en su ejército, los cuales los romanos hasta entónces nunca habian visto. Pero la segunda vez vencieron al Rey. ¿Cuántas veces fueron vencidos los mismos romanos de los cartagineses ántes que ellos los venciesen y arruinásen su ciudad? Y estuvieron tan apretados y affigidos de Anibal, y tan debilitada y consumida su república por la muerte de sus soldados y capitanes, que parecia se habia de acabar el imperio romano. Pero con el ánimo y valor se repararon, y echaron de Italia á su enemigo, y en su misma patria le vencieron, y dieron fin á Cartago y á su imperio.

Pues nuestros españoles numantinos ¿no pelearon y vencieron por espacio de catorce años á los romanos, y siendo solos cuatro mil guerreros, desbarataron cuarenta mil dellos, pero al cabo los vencedores fueron vencidos, y Numancia, que es Soria ó cerca della, fué asolada y destruida? Los cimbrós y teutones rompieron tres ejércitos de los romanos ántes que de Mario, su capitán, fuesen vencidos y acabados. Lo mismo aconteció á Yugurta y Mitridátes, que hizo guerra largo tiempo con los romanos, y les ganó algunas provincias, y puso espanto y terror en la misma ciudad de Roma, hasta que la felicidad de Sila y el valor de Lúculo y la grandeza de Pompeyo le consumieron. César la primera vez que pasó á Inglaterra perdió su armada, por no tener entera noticia, como él mismo dice, de los efectos que hace la luna llena en el

P. R.

mar Océano (1); pero volvió la segunda vez con más aviso y consejo, y peleó y venció, y fué el primero que sujetó aquella isla y la hizo provincia de los romanos.

Y porque no sean todos los ejemplos de paganos, Heraclio, emperador, tuvo muchos enueños con los persas, y perdió muchas provincias ántes que venciese las tres batallas á Cosdroes, que con las vitorias pasadas estaba muy ufano é insolente, y le quitase el reino, y cobrase el santo madero de nuestra redencion. Nuestro rey don Ramiro, el dia ántes que alcanzase aquella memorable vitoria del Clavijo contra los moros, se vió tan apretado dellos, que herida y muerta buena parte de su gente, se retiró á una montaña, y estuvo toda la noche en oracion, suplicando con lágrimas á nuestro Señor que le socorriese y librase de aquella angustia y peligro, y así le apareció el glorioso protector de las Españas, Santiago, y le animó y esforzó, y le dió con su presencia la vitoria. Pues el valeroso rey don Alonso, hijo del rey don Sancho, ¿no fué vencido de los moros en Alárcoos, ántes que él los venciese, y alcanzase aquella admirable y gloriosa vitoria de las Navas de Tolosa, tan alegre para los cristianos como llorosa para los moros, pues con pérdida de solos veinte y cinco cristianos, murieron de los moros doscientos mil?

Otros innumerables ejemplos podriamos traer, si éstos no bastasen, para mostrar que á todos los grandes capitanes que triunfaron en el mundo, algunas veces sucedieron casos adversos, pero la misma adversidad los esforzaba y daba ánimo para llevar adelante su empresa, escarmentando y emendando la segunda vez las faltas que habia habido en la primera, porque el varón magnánimo y constante en la dificultad cobra ánimo, y en el peligro esfuerzo, y en lo que los otros desmayan, muestra él su pecho y valor, y desta manera da á entender que no puede ser vencido de la fortuna. Y el verdadero cristiano, que está colgado de Dios, y sabe que los buenos y malos sucesos nos vienen de su mano, aunque alguna vez sea azotado y affigido, no por eso desespera; ántes emienda sus costumbres y se vuelve á Dios, y dice lo que dijo Job: *Etiam si occiderit me in ipso sperabo; aunque me mate esperaré en Él.*

Para ejercitar esta esperanza y probarnos, y ver si, desconfiados totalmente de nosotros, confiamos en Él, deja Dios algunas veces llegar las cosas á tal punto y extremo, que se tengan por desahuciadas, y faltando los remedios humanos, se sientan y agradezcan más los divinos, como lo vemos en Abraham (2), que le dejó llegar á lo último, y atar á su hijo Isaac y ponerle sobre el altar, y desvainar la espada y alzar la mano para herirle, y entónces se la tuvo el ángel y libró al hijo, y le fueron hechas aquellas magnificas y maravillosas promesas (3). Y Josef, ántes que fuese socor-

(1) César, *De bello gal.*

(2) Gen., xxi.

(3) *Ibidem*, xli.

rido de Dios y levantado en el trono, se vió fatigado y aherrojado en la cárcel, y perdida la esperanza que tenía en el copero de Faraon. Y la honesta Susana primero fué sentenciada y tenida por adúltera, y como tal llevada á la muerte, y cuando los sayones estaban con las piedras en las manos, y parecia que no habia ya remedio humano, entónces envió el suyo del cielo el Señor (1).

San Pablo dice (2) que una vez tuvo una gravísima y terribilísima persecucion en Asia, que le derribó y postró de tal manera, que le parecia que era sobre sus fuerzas y que le cansaba la vida, y que pensó morir. Y añade que Dios le habia dado aquella tribulacion tan extremada y desmedida para que desconfiase de sí, y estribase su esperanza en Dios, el cual, dice le libró y que le libraria de todos sus trabajos.

Lo mismo sucedió al emperador Teodosio, nuestro español y religiosísimo y valerosísimo príncipe (3), el cual habiendo sido certificado del santo abad Juan, que tenia don de profecía, que Dios le daría la vitoria contra Eugenio, tirano, y asegurándole que sería así los santos apóstoles san Juan y san Felipe, que la noche ántes de la batalla le aparecieron, estando él prostrado en oracion; al punto que comenzó á pelear su ejército con el enemigo, le rompieron un escuadron y le mataron diez mil hombres, y él se vió en tan grande aprieto y conflicto, que poniendo los ojos en el cielo con gran fervor y fe, exclamó y dijo aquellas memorables palabras que refiere san Ambrosio (4): *Ubi est Deus Teodosii?* ¿Adónde está el Dios de Teodosio? El cual, aunque á él le parecia que estaba lejos, no estaba sino muy cerca, y queria probarle y ponerle en aquel estrecho para que reconociese de su mano la vitoria, la cual al cabo le dió, peleando por él con un torbellino y con unos furiosos vientos que repentinamente se levantaron, los cuales cegaban y herian á los enemigos con las armas que les tiraban los del campo de Teodosio, y con las que ellos mismos arrojaban, haciéndolas volver atras. Y así dice Rufino (5) que al principio estuvo en duda la vitoria de Teodosio, y que los bárbaros que iban en su ejército fueron vencidos, no para que Teodosio fuese vencido, sino para que entendiese que no vencía por ellos. Porque, como divinamente dice san Agustín (6), cuando Dios dilata y no da luego lo que le suplicamos, no es para negar sus dones, sino para que se estimen; porque lo que mucho se desea, despues de alcanzado es más gustoso, y lo que se da luego tiénese en poco. Y san Gregorio dice (7): «Cuanto más tarda el Señor en oír los deseos de sus siervos, tanto más

(1) Dan., xiii.

(2) II. Cor., i.

(3) Teodor., lib. v, cap. xxiv; Sozom., lib. vii, cap. xxii; Soer., lib. v, cap. xxiv; Niceph., lib. ii, cap. xxxix.

(4) D. Amb., in oratione de obitu Teodosii, tom. iii.

(5) Ruf., lib. xi, Hist. eccles., cap. xxxiii.

(6) De verbo Dei, cap. i.

(7) Moral., lib. xx, cap. xxv.

los oye para su merecimiento, porque con la dilacion crece su deseo.»

No piense nadie que no agradan al Señor las oraciones y plegarias de sus siervos porque luego no las oye, ni desmaye porque se le dilata lo que pide, ni deje de pedir é instar pareciéndole que son vanas sus peticiones, porque el Señor, como dicen estos santos, quiere que estimemos sus dones y que con la dilacion crezca el merecimiento y el deseo, y que se avive y encienda nuestra fe, y que digamos: «¿Adónde está el Dios de Teodosio?»

Esto es lo que toca á los prósperos sucesos que da Dios alguna vez á los infieles y herejes, afligiendo por mano dellos á los católicos y fieles, y lo que en semejantes ocasiones debemos hacer. Tratemos ahora de otro género de tribulacion que habemos padecido en estos tiempos, de algunas personas que tenían nombre y opinion de santidad, y han sido ilusas y engañadas, y engañado á muchos; cuyas caídas no solamente han sido lastimosas para los que cayeron, sino tambien dañosas para los flacos y escandalosas para los tibios cristianos, que con esta ocasion aflojan en virtud, ó mofan y hacen escarnio de los que la siguen.

CAPÍTULO XV.

Que algunas veces permite Dios que personas tenidas por santas sean engañadas y engañen á otros.

Han sido tantas las personas que han brotado en breve tiempo, y salido con nuevas invenciones y artificios para engañar al mundo so capa y color de santidad, y tales las revelaciones que han fingido, y las llagas que han pintado y representado en sus cuerpos, y tan grande el crédito que comúnmente á algunos dellas se ha dado, y el escándalo que despues de descubierto y castigado el engaño se ha seguido, que con razon se puede tener éste por un género de tribulacion terrible, y tanto más peligroso, cuanto más toca al bien de las almas y al conocimiento verdadero y amor y estima de la virtud. Otras tribulaciones afligen el cuerpo y nos quitan los bienes temporales, los cuales, que queramos, que no, algun dia habemos de dejar; pero las que tocan al ánima y la turban y afligen, y la hacen aflojar en el camino de la virtud, son más perjudiciales, porque nos privan de los medios con que habemos de alcanzar los bienes perdurables.

Mas para que ninguno se maraville destes embustes y engaños, ni de las caídas lastimeras de personas religiosas y recogidas, es necesario saber que no es ésta cosa nueva y nunca vista en el mundo, sino muy usada y acostumbrada, y que siempre hubo en él engañadores y embaidores, los cuales unas veces con varios artificios y marañas procuraron deslumbrar á la gente con vanas apariencias y fingimientos y tomaron máscara de santidad; otras siendo ellos engañados y engañando sin saberlo.

Por esto dice san Jerónimo (8), que los que se

(8) Hieron., epist. ad Ruf., Monachum.

hacian ermitaños habian de salir de la escuela de los monesterios, y ser tales, que no se espanten con la aspereza del desierto; ni sepan fingir (como lo hace alguna gente liviana) que tienen grandes peleas con los demonios, para parecer en los ojos del vulgo ignorante hombres milagrosos, y de aquí venir á tener grandes ganancias. Dando á entender que en su tiempo habia quien usase de semejantes embaimientos y engaños.

De Simon mago leemos que en Samaria traía embaucada la gente, y la persuadia que él era una nueva virtud de Dios, y para poderla mejor engañar se hizo cristiano, pensando poder obrar por virtud del santo Bautismo los milagros y maravillas que obraba san Felipe, diácono, de quien habia sido bautizado (1). Venido á Roma, cegó asimismo á muchos de aquella ciudad, y de tal manera con sus artes diabólicas los enloqueció, que le pusieron una estatua con esta letra: *Simoni Deo Sancto* (2); á Simon, Dios santo; y áun le tuvieron por Dios, como dice Eusebio, hasta que el glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro, le venció, y con su palabra poderosa le derribó del aire, por donde volaba, y le hizo caer en el suelo, quebradas las piernas, y se desengañó el pueblo con su ignominia y afrenta.

En la isla de Candia hubo un hombre, si fué hombre, y no demonio, como algunos dicen, vestido de carne, el cual fingió que era Moisés, y persuadió á una infinidad de judios que le siguiesen, porque Dios queria renovar sus antiguos prodigios y milagros, y abrir de nuevo la mar para que pasasen á pié enjuto por ella, y llevarlos á la tierra de promision (3). Y así, yendo él delante, como guía y capitán, le siguieron por un camino muy áspero hasta llegar á unos riscos y despeñaderos espantosos, que daban sobre la mar, y se despeñaron y ahogaron muchos, y se ahogáran muchos más si no fueran socorridos de algunos cristianos, y los que se libraron se convirtieron á nuestra santa fe y recibieron el agua del bautismo.

De un Anatolio, dice Severo Sulpicio que hacia cosas maravillosas y queria ser tenido por la virtud de Dios, y que traía una ropa, como enviada del cielo, tan blanca y resplandeciente, que ponía admiracion, y de tal materia y hechura, que no habia ninguno que pudiese atinar ni saber de qué fuese compuesta, y que llevándole por fuerza á san Martin, desapareció la vestidura entre las manos de los que le llevaban (4).

El mismo cuenta que en nuestra España se levantó un mozo, que primero decia que era Elias, y despues que era Jesucristo, y que fué tan creído y tenido por tal de muchos, que un obispo, llamado Rufo, le adoró como á Cristo, y que por esto fué privado de su obispado. Y lo mismo escribe san

(1) Act., viii.

(2) Hist. eccles., lib. ii, cap. xiii.

(3) Soer., lib. vii, cap. xxxii; Adon, in chron., año 425, y Sigiberto, año 458.

(4) En la Vida de san Martin.

Gregorio Turonense de un rústico frances, que se fingió profeta y áun Cristo, y juntó más de tres mil hombres, entre los cuales habia muchos sacerdotes, y para mejor engañar, repartía á los pobres el oro y plata y ropa que le daban. Adivinaba y pronosticaba las cosas advenideras, sanaba muchas enfermedades, y despues mandaba que le adorasen, robando á los que no lo hacian, hasta que le mataron y se esparció la gente que le seguía (5). Y el mismo san Gregorio dice que él conoció y procuró convertir algunos de los que de este falso Cristo habian sido engañados.

Otro habia, que se llamaba Eum del Estrella, el cual con sus hechizos y embustes embaucó muchas gentes, diciendo que era Cristo, que venía á juzgar á los vivos y los muertos (6). Y en el concilio que se hizo en Rems, por mandado de Eugenio III, fué preso y castigado.

En la ciudad de Augusta, en Alemania, por los años del Señor de mil y quinientos y once, hubo una doncella, de obra de cuarenta años, que se llamaba Ana, que ni comía ni bebia ni dormía (7), sino que siempre estaba (á lo que parecia) en perpetua contemplacion, muy regalada y visitada de Dios; y despues de haber engañado al Emperador y á otros príncipes, se descubrió el artificio, y fué conocida por mujer infame y disoluta, y por ello desterrada de la ciudad, se fué á Triburgo, adonde le ahogaron por sentencia pública.

El año de mil y quinientos y cincuenta y tres (8) hubo en París quien decia que tenía el espíritu de san Juan Evangelista, y en la misma ciudad y en Basilea hubo otro que se fingia san Pedro, y otro que publicaba que tenía consigo por su maestro y guía el ángel de Moisés, y pronosticaba muchas cosas falsas.

Por no revolver las historias antiguas, y por hablar de lo que habemos visto en nuestros días, doce apóstoles falsos, forasteros, anduvieron en España predicando por las aldeas y pueblos pequeños, y confesando la gente, daban á entender que les habian sido revelados de Dios sus pecados, y en fin fueron descubiertos y echados á galeras. Pues ¿qué diré de la santidad fingida de Magdalena de la Cruz, tan sabida y notoria en España? Estando yo en Italia, una religiosa, que era tenida por santa en Bolonia, mostraba las llagas de la sagrada pasion del Señor en sus piés y manos y costado, y muchas veces le goteaba la sangre de la cabeza como si la tuviera traspasada con una corona de espinas, y al fin se halló que todo era burla y engaño. Tambien en la ciudad de Camarino, que es cerca de Nuestra Señora de Loreto, estando yo en aquella santa casa, una doncella recogida y honesta, engañada de otro, se hizo ella misma llagas en sus piés y manos, fingiendo que las habia

(5) Hist. franc., lib. x, cap. xxv, y Sigiberto, año 592.

(6) Roberto de Monte, en el suplemento ad chron.; Sigiberto, año 1143, y Neubri., lib. v, rerum anglicarum.

(7) In continuatione chron. Eusebii per quendam Germanum.

(8) Surius, i, Histor., año 1555.

recibido del cielo. Y estuvo el pueblo tan engañado y persuadido que era así, que, mandando el vicario del Obispo recoger á la dicha doncella en un monasterio para averiguar la verdad, le quisieron apedrear, diciendo que perseguía á su santa, la cual, finalmente, descubierto el artificio y engaño, fué castigada, y el autor y mal consejero murió en los tormentos que le dieron.

Esto se ha dicho para que se entienda que no es cosa nueva lo que hemos visto estos dias en España, aunque cierto es maravilla que en un mismo tiempo hayan salido tantas mujeres llagadas y engañadas en diversas partes, que parece que algun espíritu de ilusion anda suelto y desencadenado, y que en la gente hay mucho aparejo para ser engañada é ilusa; pero tampoco no hay que maravillarse desto, ni que algunas personas que no tienen verdadera virtud quieran con apariencia y sombra della dar á entender que la tienen.

Mayor maravilla es ver algunos que verdaderamente eran siervos de Dios y grandes santos caer en grandes maldades y abominaciones, y volver las espaldas á Dios, habiendo ántes gozado de su comunicacion y resplandor, como fué el rey David, varon segun el corazón de Dios, que juntó el homicidio con el adulterio; y el sabio Salomon, su hijo, que cayó en un abismo tan profundo de insipien- cia, que vino á adorar los ídolos; y Júdas, que siendo apóstol y estando en la escuela de Jesucristo, nuestro redentor, le vendió; y Nicolas Antioqueno, uno de los siete diáconos que eligieron los sagrados apóstoles, que fué muy deshonesto y hereje y maestro de herejías; y Orígenes, el cual, siendo hijo de padre mártir, y habiendo, cuando era mozo, deseado y procurado y casi alcanzado la corona del martirio, y padecido grandes persecuciones por la fe de Jesucristo, y puesto las manos en sí por no amancillar su castidad, y siendo maestro y luz de las iglesias de Oriente, á la fin prevaricó y cayó en graves errores.

San Agustin llora y lamenta las caídas de algunos excelentes varones, que eran en la Iglesia de Dios como los cedros del monte Líbano y como las estrellas del firmamento, y dice estas palabras, hablando con Dios (1): «Hemos visto muchos, Señor, y oído de nuestros padres, lo cual no puedo sin gran temor acordarme ni sin gran pavor decirlo, que primero habian subido casi á los cielos y puesto su nido entre las estrellas, despues cayeron hasta los abismos, y sus almas fueron en los males afeadas. Hemos visto caer las estrellas del cielo, heridas del furioso ímpetu de la cola del dragon, y tambien hemos visto otros que estaban caidos en el polvo de la tierra, los cuales se han levantado, y dándoles vuestra misericordia la mano, han subido hasta el cielo maravillosamente. Hemos visto morir á los vivos y resucitar á los muertos, y á los que estaban asentados entre los hijos de Dios y en medio de aquellas piedras preciosas

(1) Aug., *Solil.*, cap. xxix.

encendidas y abrasadas con el fuego de vuestro amor, como un poco de lodo ser hollados y convertidos en su nada.» Todo esto dice san Agustin, y se podria bien probar con hartos ejemplos de las historias pasadas, si nouviésemos presentes los que en nuestros dias hemos visto de varones en sangre ilustres, en hábito religiosos, en doctrina famosos y en la opinion de bondad admirables, los cuales han caído en graves errores y escandalizado á los flacos y turbado á los inorantes, que piensan que el que está en pié no puede caer, y que es men- gua de la religion que se pervierta el religioso, y menoscabo de la virtud desfallecer el que es tenido por virtuoso.

CAPÍTULO XVI.

Que no hay seguridad en esta vida, ni por qué escandalizarnos de semejantes caídas.

Pero, si bien miramos, hallaremos que es grande engaño pensar que hay seguridad en esta vida, y que basta ser uno religioso ó haber servido muchos años á Dios para tenerla; porque, como dice san Gregorio (2), no hay lugar seguro en este mundo, pues Loth en Sodoma fué santo y en el monte pecó (3), y nuestros primeros padres en el paraíso terrenal cayeron, y Lucifer y sus secuaces en el cielo (4). Antes, si bien miramos, no es tanto de maravillar que una persona religiosa caiga, aunque su caída comunmente es más escandalosa y dañosa, porque, como dijo muy bien el glorioso padre san Antonio Abad, y lo refiere en su *Vida* san Atanasio (5), aunque los demonios combaten y tientan á todos los cristianos, tienen particular ojeriza y ódio á los monjes y á las personas del todo dedicadas á Dios, y más cruelmente las acosan y persiguen. Y así, no es maravilla que, siendo, como son, del mismo barro que los otros, y teniendo las mismas malas inclinaciones naturales que los demas, se dejen alguna vez vencer de las peleas fuertes, pesadas y continuas de Satanás, el cual tanto más furiosamente las tienta y procura derri- bar, cuanto con su caída entiende que Dios nuestro Señor ha de ser más ofendido, y los buenos más escandalizados y apartados de la virtud.

Porque algunos, viendo que el que cayó era tenido por santo y por dechado de virtud y religion, desmayan y dejan los ejercicios de oracion y mortificación en que ántes se ocupaban, pareciéndoles que aquellos ejercicios fueron causa que cayese el que cayó, y que ellos estarán más seguros de caer dejando lo que ha sido ocasión de caer á otros. Otros hay que viendo la caída de uno piensan que todos caen, y pues que cayó el que era religioso y aprobado en la virtud y tenido por santo, todos los otros que lo parecen no deben de ser más santos que éste, y que pues hubo encubiertas y fingimien- tos en el uno para engañar y parecer más santo de

(2) Greg., in *Ezech.*

(3) *Genes.*, xix.

(4) *Ibidem.*, iii.

(5) Atanasio, en la *Vida* de san Antonio Abad.

lo que era, tambien las habrá en los otros, y que no es oro todo lo que reluce, ni hay ya santos en el mundo, sino que todos somos hombres, cuál más, cuál ménos, y de la misma masa é hijos de Adán. Y con esto se desacredita la virtud.

Mas los primeros que desmayan y dejan los ejer- cicios virtuosos en que ántes se ocupaban, cre- yendo que si perseveran en ellos vendrán á dar en los mismos inconvenientes que dieron otros, viven muy engañados, porque no saben distinguir la natu- raleza y sustancia de las cosas que son buenas en sí, del mal uso dellas, y hacen una regla falsa y perjudicial para todas las cosas humanas, porque la oracion en sí, santísima cosa es, y utilísima y ne- cesaria para tener vida espiritual, para vencer sus pasiones, para resistir al demonio y triunfar del in- fierno y conquistar el cielo. Y por esto toda la Sa- grada Escritura nos enseña, y muchas veces repite, que oremos siempre, y que insistamos en la oracion y que no desfallezcamos en ella. Y la mortifi- cacion asimismo, y el uso de todos los ejercicios espirituales, son cosas enseñadas de Dios y de los santos con su ejemplo y doctrina, y así en ellos no puede haber defeto ni falta alguna, y si alguna hay, no nace de lo que es bueno en sí, sino del que usó mal de lo que era bueno. Y si por el mal uso desechamos lo que es bueno, provechoso y neces- ario, de la misma manera podriamos desechar todas las artes y ciencias, y aún todas las cosas huma- nas, porque de todas ellas se puede usar mal.

¡Cuántos letrados usan mal de las leyes, defen- diendo causas injustas y opugnando á los inocen- tes! ¡Cuántos médicos se han aprovechado de la medicina para dar ponzoña á los hombres! ¡Cuán- tos teólogos se han desvanecido con su ciencia, y sacado de la luz y resplandor de las sagradas le- tras errores y tinieblas por su culpa! ¡Cuántos, por estudiar sin discrecion, han perdido la salud y aún el juicio! Pues ¿dirémos que son malas estas cien- cias y que no se deben estudiar porque algunos usan mal dellas? Por esa razon no habia de haber ar- mas para los soldados, porque el saltador usa mal dellas, ni se debria navegar la mar, porque hay en ella bajíos y bancos y rocas, ni sembrarse la tierra, porque alguna parte della es estéril, ni habitarse las casas, porque algunas veces se caen súbitamente y toman debajo á los que viven en ellas, y son sepultura de sus moradores. ¿Qué cosa hay más necesaria para la vida humana que el pan y el vino, pues el uno, como dice la Sagrada Es- critura, es fuerza, y el otro alegra el corazón del hombre? Y si mirásemos á los que perdieron la sa- lud por comer y beber mucho, no comeríamos nos- otros ni beberíamos, ni nos aprovecharíamos de lo que Dios nos dió para nuestra vida y sustento. Lo mismo podriamos decir del agua y del aire y del fuego, y de los otros elementos, y aún del sol y de la luna, que, con ser la vida del mundo, algunas veces matan á los que no saben usar dellos.

Y no solamente en estas cosas naturales y huma- nas puede haber daño, y le hay, pero tambien de

las divinas y sobrenaturales se sacan algunos, con- virtiendo en ponzoña la medicina, y tomando los santos sacramentos para condenacion de sus al- mas; pero no por eso ellos dejan de ser santísimos y ungüentos preciosísimos para sanar nuestras lla- gas, y unas medicinas divinas y de suyo eficaces para dar vida á todos los que las toman como se han de tomar, aunque los que se descomiden á Dios por su culpa hallan la muerte donde otros hallan la vida. Pues ¿seria bien dejar de confesarse y de comulgar porque algunos se confiesan y comulgan mal, y como Júdas, en recibiendo al Señor, le ven- den y le entregan en manos de los pecadores? No por cierto. Pues si en todas las otras cosas huma- nas y divinas no dejamos lo que vemos que nos es provechoso ó necesario, aunque algunos no se sepan aprovechar dello, y distinguimos la sustan- cia y verdad de cada cosa del uso della, ¿por qué no lo harémos así en lo que más nos importa y nos es más necesario, y sin lo cual no podemos vivir ni dejar de desfallecer y caer? ¿Por qué queremos estar siempre caidos por el temor de caer? Como dijo Quintiliano: *Dum timent ne aliquando cadant semper jacent* (1).

Pues los otros que por uno juzgan á todos, y creen que no hay hombre santo porque uno que lo pare- cia y por ventura lo era cayó, no tienen menor ni ménos peligroso engaño; porque de la misma ma- nera podrian condenar á todos los estados de los hombres, pues en todos ellos hay algunos que no hacen lo que deben. ¿Podrian condenar á todos los jueces porque uno se dejó coechar y cegar de la codicia, y á todos los abogados porque hay entre ellos quien defiende el pleito injusto, y creer que no hay soldado valeroso porque uno fué cobarde, y que todas las mujeres casadas son adúlteras por- que una hizo traición á su marido? Pues si seria te- meridad en estos estados y en los demas condenar á todos por uno, mucho más lo es en lo que trata- mos y tenemos entre manos, porque es en mayor detrimento y perjuicio de la religion y virtud y en daño gravísimo de la república.

San Agustin, escribiendo al pueblo de Bona, dice esta maravillosa sentencia (2): «Si alguna mujer casada cae en alguna flaqueza, no por eso los ma- ridos dejan sus mujeres ni acusan á sus madres. Pero si de los religiosos que profesan santidad se descubre alguna culpa, ó verdadera ó falsa, luego instan todos y se deshacen, y procuran que se crea que todos los otros cayeron y son malos.» Y san Buenaventura se queja de lo mismo (3), y con mu- cha razon, porque no perdieron nada los ángeles buenos porque Lucifer y todos los de su bando se rebelaron contra Dios, ni los falsos profetas de los bosques y de Baal (4), aunque eran tantos, fue- ron parte para desacreditar y enflaquecer la virtud y celo santo del profeta Elías, ni la traicion y

(1) Quintil., lib. viii, cap. v.

(2) *Epist.* cxxxvii.

(3) *Cuést. xvi, super reg.*, tom. i.

(4) *III, Reg.*, xviii.

maldad de Júdas empeció á la obediencia y fidelidad de los otros once apóstoles, ni la herejía de Nicolas oscureció la gloria de san Estéban protomártir, ni la virtud y santidad de los otros santos diáconos, sus compañeros, ni porque algunos pocos religiosos no hagan lo que deben, deja de haber en las religiones otros innumerables que alumbran al mundo con su doctrina y le inflaman con su ejemplo, y por uno que caiga, infinitos quedan y están de pié, los cuales no es justo que pierdan porque se pierda uno. San Agustín dice estas palabras (1): «Hallais algunas monjas no tan recogidas como sería razon; ¿reprenderéis por ventura por eso los monasterios de las monjas? No es justo que por algunas vírgenes livianas condenemos á las que son santas en el cuerpo y en el espíritu, ni tampoco que por estas loables alabemos á las que no lo son.» Y en otra parte dice (2): «Tambien hay falsos monjes y falsos clérigos, como hay falsos cristianos; porque, hermanos míos, en todos estos tres estados, de los cuales otras veces os habemos hablado, hay buenos y hay malos.» Y san Jerónimo, escribiendo contra Elvidio, hereje, que decia que habia algunas vírgenes tabernereras, responde (3) que no solamente las habia tabernereras, sino tambien deshonestas, pero que no tenia la culpa desto la virginidad, sino la simulacion y fingimiento de las que, no siendo vírgenes, lo querian parecer. Quede pues esta verdad declarada y asentada en nuestros pechos: que aunque hay lobos, hay tambien ovejas, y que no deben los que lo son dejar su pellejo, como dice san Agustín, porque algunos lobos, para matarlas, algunas veces se vistan dél.

CAPÍTULO XVII.

Por qué causas perrite Dios estas ilusiones y engaños.

Resta que veamos por qué permite nuestro Señor estas ilusiones y engaños, y qué provechos se pueden sacar dellos, pues que es verdadero y cierto aquel fundamento que pusimos arriba, conforme á la doctrina de san Agustín, que siempre son mayores los bienes que saca Dios de los males, que los mismos males que permite. Primeramente saca Dios nuestro Señor destes engaños el castigo de las mismas personas que son engañadas, y la manifestacion y gloria de su justicia, porque comunmente caen en estos engaños y marañas las personas vanas, altivas, soberbias y que presumen de sí, las cuales, no se conociendo, piensan, ó que tienen más virtud de la que realmente tienen, ó que es suya la que tienen, no reconociendo la del Autor y fuente de todo bien, ni agradeciéndosela con humilde y reverencial temor. De aqui vienen á desvanecerse y engrairse, y á apetecer vanamente la honra, y á desear parecer mejores de lo que son, y á buscar embustes y falsas apariencias para resplandecer en los ojos del vulgo y deslumbrar á los inorantes. Y así permite nuestro Señor que estas

(1) August., in psalm. xcix.

(2) Ibid., in psalm. cxxxii.

(3) San Jerónimo, contra Elvidio.

tales personas se levanten, para que caigan con mayor ignominia, y que la secreta soberbia sea castigada con pública infamia, y el apetito desordenado de honra vana con vergüenza, oprobrio y afrenta; porque, como dice el Sabio (4): «En lo mismo que el hombre peca debe ser castigado.»

No ménos muestra Dios en esto su misericordia que su justicia, porque con estas caidas y castigos les abre los ojos, que estaban cerrados con la culpa, y les da luz para que se conozcan y lloren el estado en que ántes estaban, y se levanten con mayor ánimo y esfuerzo, no para volar por el aire y beber los vientos de la fama vana y gloria popular, sino para caminar por las estrechas sendas de la virtud y poner los ojos en aquel solo Señor, que, así como resiste y humilla á los soberbios, así levanta á los humildes y los enriquece de su gracia. Porque, así como el sabio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes exteriores del cuerpo para que mejor se pueda curar, así nuestro Señor para sanar algunas ánimas altivas y rebeldes las deja caer en culpas graves y exteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestifero que estaba dentro; y así dice san Gregorio (5): «¿Qué cosa es la virtud, sino medicina, y qué es el vicio, sino herida? Pues porque nosotros de la medicina hacemos llaga, Dios de la llaga hace medicina, para que, pues caemos con la virtud, seamos curados con el vicio.» San Agustín dice (6): «Oso decir que á los soberbios es provechoso caer en algun pecado claro y manifesto, para que los que agradándose á sí cayeron, desagradándose á sí se levanten.» Porque san Pedro más provechosamente quedó descontento de sí cuando lloró, que habia quedado contento cuando vanamente presumió. Y san Isidoro dice (7): «Muchas veces es provechoso á los arrogantes que sean desamparados de Dios, para que, conociendo su flaqueza, se reconozcan y despues de la caída se humillen.»

Tambien nos declara Dios con esto la flaqueza y miseria de nuestra naturaleza humana, y que los más de los hombres nos regimos por el sentido y apariencia exterior de las cosas más que por la existencia y verdadera sustancia dellas, pues tanto caso hacemos de unas llagas y señales que vemos, y tan poco de las virtudes sólidas y macizas de muchos siervos de Dios, que las encubren con su humildad y recato.

Y aún de aqui se sigue otro provecho, que es enseñarnos la diferencia que hay destas señales exteriores á los dones interiores de Dios, y apreciar y estimar en lo que se debe la verdadera virtud; porque todas estas señales exteriores pueden ser falsas y engañosas, como la experiencia nos lo

(4) Sapient., xii.

(5) Gregor., in Moral.

(6) August., De civit. Dei.

(7) Isidor., iii, De sum. bono.

ha mostrado, mas las virtudes interiores son ciertas y seguras; y aunque no hubiese engaño en estas señales de fuera, sino que verdaderamente fuesen argumentos ciertos de la verdadera virtud y de la gracia del Señor, que mora en el alma de la persona que las tiene, y la hermosa y enriquece y clarifica, todavia no hacen ellas el ánima santa, como la hace la gracia y las virtudes, ni son causadoras, sino solamente unas como muestras y efectos de la santidad que hay en ella. Y así se debe hacer más caso de lo que hace santo y es causa de santidad, que no de lo que solamente es indicio y muestra della, como lo dice san Gregorio, hablando de los milagros, los cuales, puesto caso que sean ciertos y verdaderos, no por eso el que los hace es más santo, y muchos han hecho milagros, que están en el infierno (1).

Pues si tanto caso hacemos destas cosas y señales exteriores, y nos maravillamos dellas, y reverenciamos á los que las tienen, aunque por ventura sean fingidas y aparentes, ¿qué cuenta habemos de tener con la verdadera virtud? ¿Cuánto más habemos de estimar una caridad encendida y un fino amor de Dios y de nuestros prójimos, una humildad profunda, una paciencia invencible, una mansedumbre suave, un menosprecio de sí mismo y de todas las cosas caducas y perecederas, un celo fuerte y fervoroso de la honra y gloria del Señor, un cuidado solícito y continuo de la oracion, una mortificacion de los propios apetitos perseverante y rigurosa, y las demas virtudes que son propias del cristiano y siervo del Señor, y le hacen templo y morada suya, y agradable delante su divino acatamiento?

Esto es lo que nos quiere enseñar Dios, y juntamente enderezar nuestros torcimientos y poner freno á la demasiada facilidad de muchas personas que en varias partes aparecian con llagas, y daban ocasion á que otras mujeres livianas y tenidas por espirituales las deseasen tener, y se persuadiesen que á lo ménos interiores ya las tenían, y aún que algunas imitasen y contrahicieran aquella vana representacion. Porque cierto ha sido cosa lastimosa la muchedumbre de mujercillas engañadas que se han visto en nuestros dias en muchas y de las más ilustres ciudades de España, las cuales con sus arrobamientos, revelaciones y llagas de tal manera tenían movida y embaucada la gente que trataban de oracion y cosas de espíritu, que parecia que no tenía ninguno la que no se arrobaba y tenía estos dones extraordinarios, que decian ser de Dios, y que á la medida de lo uno habia de ir lo otro, y que andan al mismo paso espíritu y revelaciones de Dios. Pero, como Él tiene providencia de su santa Iglesia y ama á sus escogidos, aunque, por las razones que habemos dicho, permitió que estas personas cayesen, quiso que fuese manifiesta y castigada la caída dellas, para que escarmentasen las demas y se detuviesen en el apetito

de semejantes ilusiones, y buscasen la verdadera santidad donde ella está, y no en las cosas inciertas y aparentes, que traen consigo tan grande engaño y peligro.

Demas destes provechos, que son tan importantes, hay otro que no lo es ménos, que es enseñarnos cómo todo lo que es fingido y procurado y encubierto con artificio y simulacion no puede durar, sino que al cabo, quitada la máscara, se descubre y parece lo que es. Porque no hay arte tan sutil, ni engaño tan ingenioso y delicado, que al fin no se alcance y que Dios no le descubra y castigue. Mas lo que es verdadero, sólido y macizo tiene raíces que no se secan, y da fruto que no se marchita. Y éste es un grande argumento para que sepamos distinguir lo falso de lo verdadero, y para que no creamos que es fingido todo lo que hay en este género de revelaciones y favores de Dios, como lo hacen los herejes y algunos malos cristianos, reprobando y desechando todas las cosas que tienen olor y sabor de piedad y de alguna luz sobrenatural y extraordinario rayo y favor del cielo, aprovechándose, como dijimos, de la ocasion, y pensando que todo es engaño porque una se engañó.

Mas los cuerdos y prudentes no toman á bulto las cosas ni las pesan con falso peso, ántes apartan lo precioso de lo vil, y lo verdadero de lo falso, y lo que es don y gracia del Señor de lo que es imaginacion ó invencion de hombres; y saben hacer diferencia de las llagas admirables y divinas que el seráfico san Francisco, patriarca de los frailes menores, recibió en su cuerpo, quedando con ellas hecho un vivo retrato de Jesucristo crucificado, las cuales están canonizadas con el decreto y uso de la santa Iglesia, y de las que algunos graves varones escriben que otros santos tuvieron, á las de las mujercillas de nuestro tiempo, que sabemos han sido contrahechas y fingidas; porque las unas fueron acompañadas con verdadera, y las otras con aparente santidad. Las unas, los que las tenían las escondian y ocultaban; las otras, las que no las tenían las contrahacian y publicaban. Las unas tienen autoridad de la santa Iglesia ó de personas muy graves y siervos de Dios que las escriben; las otras han sido reprendidas y castigadas públicamente por los ministros de la misma Iglesia. Las unas, como fruto sólido y maduro, han permanecido; las otras, como una flor aparente, se han marchitado y desaparecido como humo. Y para concluir este capítulo, tambien nos enseña Dios nuestro Señor con estas caidas lo que habemos de hacer para que nosotros no caigamos, y cómo nos habemos de haber en ellas para sacar provecho del mal ajeno; lo cual trataremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

De lo que habemos de hacer cuando Dios permite semejantes tribulaciones.

Mucho importa saber lo que se ha de hacer para acertar cuando se ofrecen estas ocasiones de ilu-

(1) Epist. xxxviii, lib. ix; Ben., De proc., vii; Rel., cap. xviii.